



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 1884

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 28 DE SEPTIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; v. J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Siempre lo mismo

Es costumbre nuestra, demasiado arraigada, comenzar las cosas por donde las debíamos concluir. Así nos pasa lo que a aquel que se empeñará en comenzar la edificación por el tejado: que tendría que renunciar á su propósito por falta de cimientos donde apoyar la obra.

Preocupa ahora al gobierno el problema de las subsistencias, como le preocupó hace tiempo, y sigue preocupándole, la pública salud; mas no ha caído en la cuenta de que para solucionarlas solo existe un procedimiento: el de eliminación.

Por circunstancias que están al alcance de cualquiera, ambos problemas estén estacionados, el de la salud pública con el de las subsistencias y éste, á su vez, con otro que es fundamental, y que ya lo hubiese resuelto Villaverde, á no haber tenido que dejar el poder.

Así, á primera vista, parece cosa rara que se diga que los cambios tienen algo que ver con el aumento de la tisis. Y, sin embargo, es cierto: tan cierto, como cierto es que no habría problema ninguno que solucionar en la cuestión de subsistencias si no hubiesen alcanzado aquellas el escandaloso desnivel que ha reducido la peseta en un tercio del valor que tenía cuando aquellos se colaban á la par.

Al desnivel de los cambios se debe que nuestros productores prefieran los mercados extranjeros para vender sus géneros en oro; y que como los que aquí no se producen hay que comprarlos fuera, en oro también, resultan los precios de aquéllos y éstos por las nubes, en términos tales, que la mayoría de los españoles tienen que reducir orzosamente, por falta de recur-

sos, la calidad de su alimentación, cuando no la cuantía.

Con tales premisas ¿qué puede resultar?

Lo que resulta: la anemia pasando por el hambre; la tisis por alimentación insuficiente; la estenuación del cuerpo y la atonía del espíritu y como resultante una nación sin energía, sin voluntad y hasta sin espíritu de conservación.

Esto es triste, muy triste, pero es cierto. Se ve y se toca. Perdidas opiniones sobre el remedio de estos males y la mayoría se encorseta de hombros. Examínese las estadísticas y veráse cómo aumenta la tisis.

Contra esa terrible enfermedad, que siega anualmente millares de jóvenes vidas, ha dictado el gobierno ciertas disposiciones que han sido acogidas con aplauso.

Ordenan esas disposiciones que en cada ayuntamiento se constituya un comité que tendrá la misión de combatir la tuberculosis; pero no dan facilidades procurándole el remedio principal que ha de concurrir al logro de lo que se desea.

¿De qué servirán los entusiasmos de los comités y sus buenas disposiciones y mejores trabajos en la consecución del fin propuesto? No decimos de nada, por que algo lograra con las famigaciones, los aislamientos, la higienización de las viviendas y demás que la ciencia preconiza; pero ¿cómo podrán evitar los comités, ni los ayuntamientos que les han de ayudar, que por alimentación insuficiente sean candidatos a la tisis las tres cuartas partes de los habitantes de cada municipio? Imposible. Mientras la alimentación no se refuerce—y eso solo puede hacerlo el gobierno procurando el abaratamiento de las subsistencias, por los medios de que dispone—España constituirá un campo fertilísimo para el cultivo del microbio.

Una simple consideración — la

relativa al consumo de carne que hace Cartagena, — bastara para convencerse de lo que decimos. Las notas del matadero, que tenemos a la vista, dicen que durante el mes de Junio se han sacrificado en dicho centro 3.109 reses con un peso total de 52.592 kilogramos, cantidad repartible entre los 44.841 habitantes que tiene la ciudad, pues los barrios extramuros y las dipulaciones no sacrifican en el matadero.

Habiendo las necesarias operaciones, resulta que cada uno consumió durante el mencionado mes 1173 gramos ó sea 39 diarios, con su correspondiente hueso.

Esto no necesita comentarios; pero léngalo en cuenta el comité, por si su voz, junta con las de los demás, puede llevar á las alturas el convencimiento de que sin afrontar el problema de las subsistencias para sanear al individuo no es posible sanear el país.

LAS TABERNAS

El Instituto de Reformas sociales ha fijado ya su criterio sobre las tabernas.

En sesión verificada el sábado, fué discutida una reclamación formulada por el gremio de expendedores de vinos, de Málaga, para que se les permitiera la expendición de vinos y licores hasta las once del domingo, como se permite venderlos á algunos tenderos de comestibles.

La sección informó en favor de que se permita el despacho en las tabernas hasta las once de la mañana del domingo y que, pasada esa hora, no se permita vender vinos y licores en las tiendas de comestibles, casas de comidas y demás establecimientos que también comercian en esos artículos.

Fué objeto este informe de detenida discusión, en la que tomaron parte los señores Moreno Rodríguez, Dato, Sánchez Pastor, Hernández Iglesias y Largo Caballero, predominando, al fin, el criterio de este último, representante de la clase obrera, en absoluto contrario á que se abriesen las tabernas desde las doce de la noche del sábado hasta igual hora del domingo, por-

que tales establecimientos no satisficieran necesidades que las del vicio, y por que si bien es verdad que en algunas tabernas, las menos, se vende comida á los obreros que han de trabajar á gran distancia de su domicilio, también es cierto que los domingos son precisamente los días en que la clase obrera no necesita este servicio.

El Instituto, en definitiva, acordó proponer la total clausura de las tabernas y tiendas de vinos y licores, desde las doce de la noche del sábado á las doce de la noche del domingo, y que se prohiba la venta de vinos y licores en las tiendas de comestibles durante el día del domingo, fijando para distinguir la taberna de la casa de comida el criterio sostenido por el Sr. Largo Caballero, á saber: que se entienda por taberna todo establecimiento dedicado principalmente á la venta de vinos y bebidas alcohólicas, aunque en segundo término ó por excepción también se dedique á la venta de comidas, y por casa de comidas los establecimientos que se dedican principalmente á la venta de comidas y donde solo se venden los vinos necesarios para el consumo de éstas.

Distinción fácil de hacer—según el Instituto—por la conjuntura, distribución de piezas, servicio y mobiliario del establecimiento.

EL CULPABLE DE TODO

¿Quién tiene la culpable de que, mientras germinaba y crecía la cosecha de cereales últimamente recogida, las lluvias no hayan sido bastantes, ni oportunas?

¿El Gobierno del señor Maura?

La habría tenido igualmente cualquiera otro Gobierno, que hubiera estado en su lugar.

¿Quién tiene la culpa de que no haya sido buena la cosecha indicada en los Estados Unidos, ni en la Argentina?

¿El Gobierno español?

¿Qué duda cabe? Ha sido buena en Rusia.

¿Esto debe ser obra del señor Maura, por sus concommitancias con el reaccionario imperio moscovita?

¿Quién tiene la culpa de que por largos años, sin pensar en mañana —lo mismo que hacemos hoy,—hayamos estado viviendo del capital, como las familias de mayorazgos después de la desvinculación, y llegado

á un punto, en el cual el desnivel entre lo que tomamos del extranjero y lo que podemos dar sea enorme?

¿El Gobierno? Este, el otro ó el de antes allá?

¿Quién tiene la culpable que los intereses de la Deuda pública absorban la mitad del presupuesto, en parte por las guerras civiles que nos, originadas en nuestro continente, y en parte por nuestra holgazanería, por el déficit dejada en el déficit?

¿El Gobierno, sea el que fuere!

Y como al Gobierno en todo tiempo y en cualquiera circunstancia se le carga con la culpa de esa culpa, de ella no nos quedamos nada.

¿De ahí este optimismo admirable, prelado hasta por los pueblos menos prósperos, y de cuya posesión todavía no nos hemos enterado!

¿Con leer un periódico que le eche la culpa de todos los daños y dolores nacionales al Gobierno, que en aquel momento haya recibido la ablucción y nos quedamos tan tranquilos!

¡Naturalmente! Este enorme flujo de conciencia tiene muchos explotadores. Cada uno de ellos le dice al ciudadano: «Tú no te molestes en ir á reacción alguna para tratar de los negocios públicos, ni en volver ni en discutir por tí propio, aquí estoy yo para suplirte en todo eso. Ten la seguridad de que ni tu persona, ni la del resto, ni la del conocido, ni la de ningún español, ni la fuerza intelectual, ni la rutina de todos y de cada uno indigna, por el momento, en la marcha deplorabile de los asuntos, sereno los.

¿Quién quiere que sea el Gobierno, ¿ese ó el que tiene la culpa?

Busca entre los pueblos de Europa otro más afortunado.

En todas partes se le dice al ciudadano lo que tiene que hacer; aquí nadie te recordará los deberes que has de cumplir. Exprimame de la obligación de servir á tu Patria con las armas en la mano, con la espada mil quinientas pesetas, libérame de preocupaciones sobre los deberes cívicos, no me dista más que cinco céntimos.

¿No puedo dar una barba más barata?

Un poco ofensivo para el español de cepa legítima resulta ese concepto.

Pero, en fin, él lo acepta y lo corrobora; de manera que, por lo menos, lo merece.

A nosotros nada de esto nos sorprende. Vivimos en un período de industrialismo,

ción á aquella sala de armas de que el joyero le había hablado, y que se hallaba establecida en un sótano de su casa, por un profesor desconocido, antiguo preboste de regimiento, el cual daba sus lecciones á tan módico precio, que tenía una numerosa clientela.

Esa clientela se componía de pasantes de procurador y de notario, de dependientes de comercio, de estudiantes, todos mas ó menos pobres, de tal modo que el avaro Lorient no había creído necesario prohibir á su hijo un entretenimiento que no podía, según su opinión, acarrear ningún gusto.

Tres veces á la semana, á menos de que el trabajo del platero no fuese muy urgente, Gaston Lorient se iba á la sala de esgrima.

Desde que maeas Lorient se había mudado, cambiando de piso, su hijo no dormía bajo la misma llave que él.

Había pedido permiso á su padre para ocupar uno de los cuartos de orlado; que dependían de la habitación. ¿Por qué?

José Lorient había creído que que se trataba de algunos amercillos del joven que exigían alguna libertad.

Como el trabajo no se resentía de esto, José Lo-

riot había cerrado los ojos en lo tocante á la bohardilla, así como en lo relativo á la esgrima, y no se metía en si su hijo se recogía tarde ó temprano.

A estos detalles indispensables para la inteligencia de nuestra relación, hay que añadir que hacia ya mas de un mes que Gaston Lorient había hecho á Emilio la confesión de su amor por aquella mujer del gran mundo, de la que le separaba un abismo, según su propia expresión.

El baron de Morlux traspasaba el umbral de su casa, cuando cruzaron bajo el portal varios de los discípulos de la sala de armas que acababan de tomar su lección; los miró maquinalmente tratando de conocer entre ellos al hijo del platero.

Los discípulos salieron en tropel, excepto uno solo á quien el baron vio entrar en el cuarto del portero. Beltran sobre el primer escalon de la escalera, arrojó una mirada al interior de la basilla y vio al joven. Era rubio, alto, esbelto, de una figura agradable, y sin embargo, cosa extraña, Beltran advirtió que era el hijo de José Lorient.

Le vio tomar una palmaria de latón sobre la mesa del portero y una llave colgada de un clavo.

Estos detalles excitaron la curiosidad del baron.

y se vistió como un petimetre que va de baile. Endeóse una camisa de batista, y una levita que la vista ejercitada de Beltran reconoció como la obra de un sastrer elegante.

En menos de un cuarto de hora, el hijo del platero se había metamorfoseado en hombre de mundo, y cosa extraordinaria, el baron se vio obligado á confesar que tenía muy buen aire y no parecia embarasado bajo aquel traje que para el era un disfraz.

Gaston Lorient se puso por costumbre de sus nuevos vestidos un sobretodo negro, se echó encima el sombrero, se calzó unos guantes blancos, soplo la luz y bajó la escalera.

El baron, que había entremuerto su ventana, le vio atravesar el patio y pedir al portero lo franquese la puerta.

—¿Por vida del chápirol dije Beltran, ¿que me estás diciendo una palabra?

Mas lo que había visto era tan raro, que un hombre menos curioso que él hubiera deseado tener la explicación de aquel enigma.

—Conozco la historia del padre, se dijo; pero me falta la del hijo.

Seoó un cigarro del bolsillo, lo encendió con un foforo que halló en el candelero que de la vela que había

